

DISCURSO

PRONUNCIADO

la mañana

DEL DIA 27 DE SETIEMBRE

DE 1857.

EN EL PORTAL DE SANTA MARIA DE GRACIA,

POR EL

C. José María Vigil,

MIEMBRO

DE LA SOCIEDAD LITERARIA

DE

“LA ESPERANZA.”




GUADALAJARA:

Tip. del gobierno, á cargo de Ignacio Gutierrez Cortés.

1857.





Edicion de "EL PAIS."



La historia del mundo es
el juicio del mundo.

SCHILLER.

Y conoceréis la verdad, y
la verdad os hará libres.

S. JEAN VIII. 32.



HACERSE el intérprete de los sentimientos de un pueblo en los días solemnes de la patria; abarcar de una sola ojeada el tiempo pasado para poner en relieve las memorables hazañas de los héroes, el presente para aplicar las graves enseñanzas que aquellos nos dejaron y el porvenir para espaciar el pensamiento en los ensueños de felicidad que el país más privilegiado promete; hablar el lenguaje de la verdad en los días azarosos de la guerra civil, lejos igualmente de la adulación que cor-

- 4 -

rompe y de la aspereza que lastima; todo esto sobrepuja de tal manera á mis fuerzas, que no me hubiera atrevido á presentarme en este lugar, si no me animara por una parte la consideracion de que lo hago delante de un pueblo de cuya indulgencia tengo inestimables pruebas, y por otra, la voz de una conciencia tranquila con su propio testimonio, contenta con su sola aprobacion.

En efecto, señores, ¡qué dia mas glorioso existe en la historia mejicana que el 27 de Setiembre de 1821 que hoy celebramos; qué gloria mas colosal que la de Iturbide; qué acontecimiento mas grandioso que la consumacion de la independencia de la patria? Méjico, desde el seno de la prostracion en que la arrojaron once años de sangrientos combates, se levanta llena de vigor y lozania á tomar su asiento en medio de las naciones libres, merced al valor, á la pericia militar, á las sábias combinaciones de un hombre de génio que supo conciliar intereses que parecian condenados á luchar eternamente, nulificar por una parte la política benigna y peligrosa de Apodaca; combatir por otra el orgullo no domado de los conquistadores, aprovecharse de las mismas disposiciones antinacionales del clero, y convertirse, en suma, en el centro de las aspiraciones generales de un pueblo solicitado en direcciones opuestas por sus hábitos y por su instinto, por su razon y por sus preocupaciones.

Jamas se olvidará de la memoria de todo buen patriota, la abnegacion heroica de Hidalgo, el valor indomable de Morelos, la nobleza de Mina; el

- 5 -

desprendimiento de Guerrero, la virtud estoica de Bravo; pero todos esos nombres inmortales y otros muchos que forman el catálogo de nuestras glorias, no se presentan bajo la brillante luz que el de Iturbide, que unido con el éxito feliz de la mejor de las causas, coronado con el inmarcesible laurel de la victoria, bautizó la era de una nueva existencia en Méjico, y personificó, por decirlo así, uno de los hechos mas importantes que registran los anales del presente siglo.

Sé bien que en ese sol del cielo americano existen manchas que los enemigos de la patria se esfuerzan en hacer resaltar con una maligna complacencia; sé bien que el primero de nuestros héroes no se supo sostener siempre á la altura á que era llamado por la magnitud de su destino, y que la mirada del espectador, estasiada en la contemplacion de su espléndida carrera, tiene á veces que seguirle en el abatimiento á que arrastran la debilidad humana y la fatalidad que preside las grandes catástrofes; pero no es menos cierto que la posteridad agradecida, consultando á esos generosos impulsos que honran á la creatura racional, ha hecho abstraccion de los errores del hombre para tributar el homenaje debido á las virtudes del héroe: ha colocado sobre la memoria del enemigo de los insurgentes, del gobernante desvanecido, de Agustín I., los indisputables títulos de ciudadano honrado, de capitán valiente, de libertador de la patria: recuerda con ternura la abnegacion sublime para dejar un puesto que reprobaba ciertamente la volun-

—6—

tad nacional, pero en que podia tal vez haberse sostenido atendida la importancia y el número de sus partidarios; y ve por último, con una grave consternacion, el sangriento sacrificio de Padilla que seria bastante por sí solo para lavar, no faltas, sino crímenes; no estravíos que jamas viciaron un buen corazon, sino esas mismas aberraciones en que despues ha sido tan fecunda nuestra historia, cometidas por los hombres funestos que de vez en cuando, por un castigo especial de la Providencia, han sido depositarios de los destinos de este pueblo infortunado.

“Los caractéres de una sola pieza, como el de Caton, ha dicho profundamente Lamartine, tienen algo de sobrehumano y uniforme que eleva mas y afecta menos que los caractéres no tan dueños de sí mismos, que sucumben y se rehabilitan como el de Ciceron. Sucede con el hombre como con los paisajes: las líneas rectas del horizonte son indudablemente las mas puras en geometría y en lógica; pero las líneas del horizonte que suben y bajan, se levantan y se deprimen alternativamente para levantarse de nuevo y llevar la mirada hasta el cielo, despues de haberla inclinado hasta los abismos, son el interes y el encanto de los ojos del pintor y del espectador. La naturaleza hizo al hombre un ser ondeante y diverso, dicen los filósofos: considerado así, nos impone menos indudablemente; pero nos interesa tanto mas, cuanto es mas hombre.”

Así, señores, reconociendo y deplorando esas imperfecciones, atributo necesario, triste condicion de

—7—

la creatura, no estamos menos en situacion de apreciar el relevante mérito, las altas virtudes del que mas que ningun otro, es acreedor al pomposo dictado de padre de la patria. No vacilemos en presentarle á la juventud como un modelo digno de ser imitado por su resolucion en los peligros, por su templanza en la victoria, por su cordura en los consejos; y mas que todo, por su desprendimiento personal, por su resignacion en la desgracia, por su acatamiento á la voluntad de la nacion, llevado hasta el estremo de inmolarsen sin titubear en las aras de la salud pública: ¡ejemplo magnánimo que debería haber tenido presente ese hormiguero de ambiciones bastardas, borron el mas vergonzoso de nuestra historia!

¿Quién, señores, al recordar el fausto acontecimiento que hoy celebramos, no se siente vivamente conmovido, formando una amarga comparacion entre lo que pudimos ser y lo que somos? ¿Quién es el que remontándose á la risueña aurora de Setiembre de 1821, no respira como un aire nuevo, el aire del triunfo, el aire de la libertad que ensancha el corazon, que robustece, porque es el aire puro y vivificante que se respiraba en los mejores dias de Grecia y Roma; que por dicha de la humanidad se respira aun en mas de un pueblo feliz sobre la tierra? ¿Quién, vuelvo á preguntar, en aquellos momentos de embriaguez popular, de santo júbilo, se hubiera atrevido, no ya á desplegar á los ojos de sus conciudadanos, pero ni siquiera á imaginarse el sombrío cuadro que hoy es para nosotros una realidad?

— 8 —

“¡Atras! se hubiera dicho al que á manera de los egipcios hubiese presentado en medio del festin nacional, la descarnada momia de una prediccion terrible; ¡atras! profeta de mal agüero, las negras imágenes de tu pensamiento misántropo, no tienen que ver nada con los diáfanos y voluptuosos arreboles que se mecen sobre el oriente de la patria; las palabras siniestras que pronuncias deberian secar tus labios, porque te atreves á profanar el concierto universal. Echa la vista por todas partes, ¡qué es lo que ves! la satisfaccion interior rebozando en todos los semblantes; el contento unánime de un pueblo entero, cuyo corazon, abriéndose á la voz sonora de libertad é independencia, rompe sus ligaduras y ensaya orgulloso sus primeros latidos en la atmósfera nueva á que ha sido elevado por la fuerza omnipotente del génio. ¡Qué tenemos que temer? las naciones de primer orden de Europa se dan prisa á tendernos una mano fraternal, lo que impedir toda tentativa de agresion por parte de la caduca España; nuestros hermanos del Norte nos tratan con la igualdad que conviene entre dos pueblos llamados á un mismo destino, y nuestros hermanos del Sur se apresurarán en caso necesario á hacer causa comun con nosotros, porque nuestros intereses son los suyos. No tenemos enemigos interiores: el plan sábiamente concebido de las tres garantías, ha logrado combinar de tal manera las tendencias opuestas, que el mismo clero, que hace poco era el campeon de la esclavitud, retira el rayo

—9—

de sus formidables anatemas y se apresura á abrazar los mismos principios que ayer condenaba como heréticos; el mismo ejército que formaba el sostén de la tiranía, ahora asesta sus tiros contra los opresores: reposemos, pues, tranquilos, bajo el triple escudo de la religión, la independencia y la unión que producirán como preciosos frutos, la paz y la prosperidad.”

Y esas palabras hubieran tenido toda la lisonjera apariencia de la verdad; pero ¡ah! examinando de mas cerca, fácil hubiera sido de convencerse, que aquella unión que bajo tan felices auspicios se ofrecía, no era mas que la transacción momentánea de contrarios intereses, fecunda, es cierto, puesto que dejó en pié un hecho importante, la independencia; pero que bien pronto, cambiado el terreno y por consiguiente el carácter de la lucha, se iba á presentar con la forma de contienda civil, tanto mas peligrosa, cuanto que su tendencia inmoral era de mas transcendencia.

¿Cuáles eran, en efecto, las causas que habian determinado el extraño fenómeno de esa unión á primera vista imposible? Desde que en 1810 levantó Hidalgo en el pueblo de Dolores la bandera de la insurrección, saltaron á la arena dos grandes partidos que, proclamando ideas inconciliables, se hicieron una guerra sin cuartel, jurando mutuamente su exterminio: representantes sin saberlo de principios que á ellos mismos se ocultaban, el uno hacia esfuerzos poderosos para ocupar un puesto que el otro por trescientos años habia poseído pa-

— 10 —

cificamente. El clero en ese tiempo había llegado contra los deseos de un hábil político (*) á ser

(*) Hernan Cortés en su Carta 4 de relacion á Carlos V, trae el siguiente pasage notable por su elevada prevision, en que quiere que la autoridad secular intervenga en los bienes del clero, por causales dignas de fijar la atencion. "Y la manera, dice, que á mí en este caso me parece se debe tener, (la conversion de los indios idólatras), es que vuestra sacra magestad mande que vengan á estas partes muchas personas religiosas, como ya he dicho, y muy celosas deste fin de la conversion destas gentes, y que destos se hagan casas y monasterios por las provincias que acá nos pareciere que convienen, y que á estas se les dé de los diezmos para hacer sus casas y sostener sus vidas.... y que estos diezmos los cobren los oficiales de vuestra magestad, y tengan cuenta y razon dellos, y provean dellos á los dichos monasterios y iglesias, que bastará para todo, y aun sobra harto, de que vuestra magestad se puede servir. Y que vuestra alteza suplique á su santidad conceda á vuestra magestad los diezmos destas partes para este efecto, hacéndole entender el servicio que á Dios Nuestro Señor se hace en que esta gente se convierta, y que esto no se podría hacer sino por esta vía; porque habiendo obispos y otros prelados, no dejarían de seguir la costumbre que por nuestros pecados hoy tienen, en disponer de los bienes de la iglesia, que es gastarlos en pompas y en otros vicios; en dejar mayorazgos á sus hijos ó parientes, y así sería otro mayor mal que, como los naturales destas partes tenían en sus tiempos personas religiosas que entendían en sus ritos y ceremonias, y estos eran tan recogidos, así en honestidad como en castidad, que si alguna cosa fuera desto á alguno se le sentía era punido con pena de muerte. E si agora viesen las cosas de la iglesia y servicio de Dios en poder de canónigos ó otras dignidades, y supiesen que aquellos eran ministros de Dios, y los viesen usar de los vi-

— 11 —

una potencia formidable; dueño absoluto de la sociedad mejicana, habia sabido estender de tal manera su influencia tanto en el orden físico como en le moral, que asomoran las inmensas riquezas que reunió en un espacio corto relativamente; y en saber, se puede decir que él era el único depositario del cuerpo deforme y mutilado de doctrinas que se arrogaba el pomposo título de ciencia. Léjos de la metrópoli, cuya mirada nada penetrante sobre este punto era poco temible; sin un poder que le contrapesara, pues no existia pueblo, y en cuanto á aristocracia, no merecia tal nombre el puñado de hidalgos aventureros que venian á buscar fortuna á las Américas, pudo el clero estenderse á sus anchuras llegando casi á realizar la especie de teocracia que ejercieran los jesuitas en el Paraguay.

Olvidándose completamente del objeto con que habia sido llamado, que no era otro que evangelizar á los idólatras harto infelices ya con haber perdido su existencia política; entendiendo quizá en un sentido harto estricto la estraña donacion de A-

cios y profanidades que agora en nuestros tiempos en esos reinos usan, seria menospreciar nuestra fé y tenerla por cosa de burla; y seria á tan gran daño, que no creo aprovecharia ninguna otra predicacion que se les hiciese; y pues que tanto en esto va, y la principal intencion de vuestra magestad es y debe ser que estas gentes se conviertan, y los que acá en su real nombre residimos la debemos seguir, y como cristianos tener dellos especial cuidado, he querido con esto avisar á vuestra cesárea magestad, y decir en ello mi parecer....” El lector discreto juzgará si Cortés tuvo ó no razon, y si la esperiencia ha justificado ó no sus palabras.

— 12 —

Jéjandro VI, el clero entró como en un país conquistado por él y para él, y valiéndose de la superioridad que le daban su civilizaci6n, su influjo y las armas que le sostenian, comenzó por destruir con Zumárraga todos los monumentos preciosos que formaban los recuerdos y las glorias nacionales; primer golpe funesto precursor de la abyecci6n en que arrojaría á todo un mundo.

Oigo, señores, preconizar todavía los servicios eminentes que esa clase respetable sin duda por su objeto ha prestado y presta aún á los desgraciados indígenas de América; pero ¿qué vienen á ser todos esos encomios mas ó menos ingeniosos y casi siempre parciales, junto á una realidad tremenda que se levanta, que clama, y nos presenta como una respuesta categ6rica los andrajos, la miseria, la degradaci6n mas estúpida á que se encuentran reducidas esas masas desventuradas cuya racionalidad se puso en duda? ¿Por qué signo reconocerémos hoy en esos parias de la moderna civilizaci6n hispano-americana, á los descendientes del opulento reino azteca, á los defensores denodados de Tenochtitlan, á los virtuosos republicanos de Tlaxcala? Asombra ciertamente el considerar cómo en tan corto tiempo pudo obrarse transformaci6n tan lastimosa, y un observador poco filósofo llegaría tal vez á imputar al cristianismo tamaña catástrofe; pero no, señores, apresurémonos á desmentir tal calumnia; hagamos saber que la causa de Cristo de que tanto se ha hablado y habla, nunca ha llegado á representar en nuestro suelo sino un papel secundario,

—13—

que lo que se llamaba conversión de infieles era más bien un negocio de policía, que en consecuencia se contentaban con una adhesión externa, cuidándose muy poco de que penetrase en el corazón, en las costumbres, y sobre todo, en la inteligencia de los catecúmenos, el verdadero espíritu del Evangelio. (*)

Así, señores, se tiene la clave de los escándalos que pasan todos los días á nuestros ojos; así se puede apreciar la marcha trabajosa, difícil, que ha tenido que seguir el pueblo mejicano en una lucha de cuarenta y siete años, y así también se compren-

(*) El autor de la obra intitulada: *Idea estadística y geográfica del reino de Nueva-España*, dice en propios términos lo que sigue: "Los indígenas de Méjico, como todos los pueblos que han gemido mucho tiempo bajo el despotismo civil y religioso, son adictos con una estrema obstinación á sus usos, costumbres y opiniones: la introducción del cristianismo casi no ha producido entre ellos otro efecto que sustituir ceremonias nuevas, símbolos de una religión dulce y humana, á las ceremonias de un culto sanguinario. En todos tiempos los pueblos semibárbaros, recibían de las manos del vencedor, nuevas leyes, nuevas divinidades; y los dioses indígenas vencidos, hacían lugar á los dioses extranjeros. Además, en una mitología tan complicada, como la de los mejicanos, era muy fácil encontrar semejanza entre las divinidades de Aztlan y las de Oriente; el Espíritu Santo se identificaba con el águila sagrada de los aztecas y los misioneros no solo toleraban, sino que favorecían esta mezcla de ideas por la cual se establecía con más prontitud el culto cristiano." ¡A Dios pluguiera que estas verdades no estuvieran tan demostradas!

2.

— 14 —

de la habilidad de Iturbide para hacer entrar en sus miras al clero que habia retardado la independencia, y enemigo mas que ningun otro de la nacionalidad.

En la historia de la humanidad se presentan hechos de tal manera grandiosos, preparados por causas al parecer tan opuestas y desarrollados en virtud de intereses y personas tan lejos de favorecerlos, pues mas bien se espera un resultado contrario; que no se puede menos que reconocer una mano providencial, una ley inflexible y matemática que preside los destinos de los pueblos, que burla los cálculos mejor sentados y hace servir para un objeto dado los materiales que se juzgaban mas heterogéneos. La España de Cárlos III protegió la libertad en América; Napoleon que acababa de ahogar á la república, iba á esparcir las ideas republicanas hasta los últimos confines de Europa; y el clero que fiel á su sistema se habia negado obstinadamente á dar un paso adelante, patrocinaba la emancipacion de Méjico en odio al liberalismo de la península. “Lo que no puede dudarse, es, esclamaba con este motivo en aquellos dias un sabio compatriota, que el combustible estaba amontonado, y que la nueva espulsion de los jesuitas, y las reformas eclesiástico-monásticas hechas en España, le han arrancado sus últimos pilares en nuestro país levítico. ¡Justos juicios de Dios! La religion sirvió de pretexto para encadenar á las Américas, y ella está sirviendo para soltarlas.” (*)

(*) El Dr. D. Servando Mier en su *Memoria político-instructiva*, impresa en Filadelfia en Agosto de 1821.

—15—

De este modo, señores, fácil es de interpretar el plan denominado de las tres garantías, conforme al particular sentir de cada una de las partes momentáneamente conciliadas: la religión solo significaba para el clero la conservación de sus privilegios, de sus bienes, de su supremacía en fin, que no quería de ninguna manera abdicar y espresamente garantida en el mencionado plan; bajo esta condición aceptaba la independencia, y la unión por lo mismo, no venía á ser mas que un pacto leonino, incapaz de subsistir, como que era inspirado por una exagerada idea de su omnipotencia. De aquí dimanaba necesariamente todo un órden de cosas político, irrealizable á la verdad, pero que cuadraba á las tendencias del partido que despues se ha llamado conservador: la monarquía absoluta de un Borbon, puesto que debía escluirse cuidadosamente todo elemento liberal, era una consecuencia forzosa de aquel principio, y así la felicidad pública no era en realidad mas que una brillante paradoja, puesto que la libertad, celestial númer á quien se inmolará tanta víctima, era desterrada del suelo en donde es llamada á reinar como soberana.

Mientras que el clero se daba el parabien de haber salvado con tanta sabiduría todos sus intereses, adquiriendo ademas un título colorado á la gratitud nacional, se levantaba un partido poderoso, el partido radical, el partido del porvenir, que arrebatado por la inefable inspiración del entusiasmo, pretendía levantar á la nación hasta ponerla á nivel con las mas encumbradas civilizaciones. No con-

— 16 —

tento con la independencia, estendia sus miradas mas allá, y al encontrar un país nuevo, sin nobleza, sin tradiciones, viendo por otra parte resueltos de una manera satisfactoria los importantes problemas de la moderna democracia, no vaciló ya un punto sobre la marcha que debía seguir, y la proclamacion de la república sobre las bases de un sistema de confederacion, fué la última palabra de la revolucion que entraba entonces en abierta pugna con el poder de la vieja sociedad.

Digno es de notar aquí, señores, que en medio de aquellos dos campos, enemigos mortales que ponian en juego toda su energía para apoderarse decididamente de la nacion que daba los primeros pasos en la escena política, se alzaba un hombre de génio, que dominando la situacion, haciendo un análisis riguroso de las instituciones de todos los pueblos, poco satisfecho de sus resultados y no contento por otra parte con las declamaciones de una crítica estéril, hacia palpar por un lado los vicios radicales de todos los sistemas de gobierno ensayados hasta ahora, al mismo tiempo que presentaba por otro, principios desconocidos entonces y sobre los que debía descansar el nuevo edificio. Maldonado, señores, el insigne Maldonado, superior á la época y al país en que viviera, pasó como era natural, sin séquito ninguno; empero el Pacto de Anahuac monumento imperecedero de su gloria, ha quedado para decir al mundo hasta donde se elevó la inteligencia de un mejicano al mismo tiempo

— 17 —

que el clero se mecía en la lisonjera ilusión de haber asegurado su triunfo para siempre. (*)

(*) El decir que Maldonado pasó sin séquito, no significa que no haya sido comprendido por los hombres mas ilustrados de su época; testimonios numerosos é importantes se podrian aducir en contrario; sino solamente que sus doctrinas no formaron ninguna fraccion política que ejerciese alguna influencia en los destinos del país. Ademas, si se tiene en cuenta lo que ha dicho con mucha razon el Dr. Strauss, que los hombres de génio son realizaciones de la idea sustancial que trabaja á las sociedades en que viven, no se podrá sostener sino en un sentido literal la superioridad de Maldonado sobre su época; y seria objeto de grandes reflexiones el estado del pueblo mejicano, tan poco filosóficamente considerado hasta ahora; pero excediendo los límites de un trabajo de la naturaleza del presente, nos contentamos con hacer estas indicaciones, copiando la siguiente nota puesta por Maldonado al fin de la Memoria del Dr. Mier, antes citada, para que se tenga una ligera nocion de sus ideas trascendentales, igualmente que como un apoyo de la apreciacion que hemos hecho de Iturbide y su plan:—“Entre las ideas del Sr. Mier sobre los gobiernos republicanos bajo las formas conocidas y nuestro modo de pensar, es tal la oposicion, que nosotros en nuestro pacto adoptamos precisamente el monárquico aunque con tales precauciones que no han sido hasta ahora imaginadas por ningun político, poniendo al jefe supremo del Estado en una dichosa imposibilidad de obrar mal y sin reducirlo á que haga el papel de un estafermo, de modo que solo sirva de carga á la nacion; antes por el contrario, forzándolo á trabajar como todo hijo de Adan, y á ser el ídolo del pueblo y un objeto continuo del público reconocimiento. Pero al mismo tiempo distamos muchísimo mas de las ideas exaltadas de ciertos esclavos bajos é indecentes que querrian vernos gemir al rededor de un trono como los de Europa, que á los ojos del moralista y del filósofo no son mas qua una fuente de

—18—

Los elementos, pues, de la guerra civil, estaban amontonados, y no aguardaban mas que un momento para estallar; vosotros sabéis lo que ha sucedido. Bajo distintas formas hemos visto repetirse casi por medio siglo las mismas escenas: el partido de la insurreccion, despues independiente; despues republicano, despues federal; ahora progresista; ha arrastrado, por decirlo así, al partido colo-

corrupcion y de empobrecimiento para los pueblos miserables á quienes devoran. Hagamos esta sola reflexion: solo la casa de Carlos IV, como dice el Sr. Mier, gastaba un millon diario, que suponiéndolo de reales de vellon, ascende á cincuenta mil pesos de los nuestros, es decir, que una sola casa devoraba en un solo dia, lo bastante para hacer felices en un año á cien familias, dotando á la cabeza de cada una de ellas con una renta anual de quinientos pesos; por consiguiente, cada diez dias, lo bastante para hacer felices á mil y en los 365 dias de que se compone el año, lo bastante para treinta y seis mil y quinientas familias, que suponiéndolas compuestas nada mas que de cuatro personas, á saber, marido, muger, un hijo y un criado, forman el número de ciento cuarenta y seis mil personas. Véase cuanto número de víctimas eran sacrificadas á la felicidad de un hombre solo, que sin mas afan que el de vegetar, solamente prestaba su nombre á los ministros que trabajaban por él, teniendo que assalariarlos por separado, y eso sin contar con lo que absorbía el enjambre numeroso de sátrapas que se esmeran en imitar á porfia la misma inmoralidad y profusion de sus amos. No nos admiremos, pues, de que poseyendo España en las cuatro partes del mundo los países mas opulentos y feraces, abrigase en su seno centenares de miles de mendigos. ¡Y que á vista de esto haya todavia mentecatos que sigan plando por un monarca de alguna de las dinastias corrompidas de Europa

—19—

nial, convertido despues en borbonista, despues en central y tomando por último la denominacion de conservador, palabra vaga, sin aplicacion precisa en nuestra sociedad en que por el contrario ha venido á ser un partido eminentemente trastornador.

que nos venga con todos los resabios contraidos en aquella region apestada, que venga á estar incesantemente luchando y forcejando contra la constitucion que le presentemos, para derrocarla y hacer en todo su soberana voluntad, y que instigado por las continuas sugerencias de los demas reyezuelos sus aliados y parientes, enemigos natos y forzosos de los demas pueblos libres de una y otra América, nos envuelva t arde ó temprano, de grado ó por fuerza, en sangrientas y reñidas guerras con nuestros hermanos y vecinos! ¡Ah! me estremezco solo de imaginarlo. Cuando el héroe de Iguala dió el grito de independencia, no se propuso como el objeto principal de su empresa el hacer feliz á alguna de las dinastías europeas, sino solamente el libertar á su patria, sin privarla de ninguno de sus imprescriptibles derechos, para lo cual ni pudo ni debió suponerse autorizado por el voto general de la nacion. Así es que el llamamiento de los Borbones al trono imperial mejicano, no fué como con tanta ligereza se esplica el Sr. Mier, una estratagema política, léjos del héroe de Iguala una superchería semejante, sino un sacrificio de necesidad, dictado por las circunstancias mas imperiosas, para conseguir en paz y sin obstáculo la deseada independencia. Este sacrificio pesó menos en su corazon, que la efusion de sangre americana, inevitable bajo cualquier otro sistema para lograr aquel objeto grandioso. Pero es evidente que no se pudo conseguir este fin, pues que todas las autoridades españolas, animadas de aquel espíritu de vértigo que Dios envia á los tiranos de los pueblos cuando quiere perderlos, opusieron una resistencia obstinada á las proposiciones de Iguala, y al fin fué preciso conquistar con las armas lo que no se pudo alcánzar con la oferta del sacrificio propuesto.”

—20—

Contando el primero con los buenos instintos del pueblo, con los sentimientos de libertad, de igualdad, de fraternidad, innatos en el corazón del hombre cuya dignidad primitiva se descubre á través de todas las preocupaciones que bastardean su carácter; esforzándose en relevar la dignidad de un pueblo que lleno de desinterés se ha sacrificado por alcanzar esa felicidad que presiente; favoreciendo la idea de un progreso rápido en todos sentidos, y apoyado en las fecundas inspiraciones de la historia, en los estimulantes ejemplos de la civilización moderna, fácil es de concebir que su dominio se ha extendido de día en día hallando un eco inmenso las luminosas doctrinas que proclama.

Por el contrario, el partido del retroceso, secundado por los hábitos de servilismo, podrido fruto que nos legara el antiguo sistema vireinal, invocando para hacer triunfar sus intereses los nombres mas respetables y que el pueblo en su sencilla ignorancia no ha llegado aún á separar por una línea bastante demarcada de las monstruosas maquinaciones que á su sombra se encubren; explotando el fanatismo religioso, plaga vergonzosa de la humanidad y azote el mas asolador de cuantos el espíritu del mal arrojara sobre este infortunado planeta; haciendo una mezcla de los mas sagrados principios con las teorías mas absurdas, y ocultándose cuidadosamente tras la máscara de una hipocresía infame, vicio el mas asqueroso de cuantos puede abrigar la creatura degradada; ha encontrado apoyo, fuerza es decirlo, para vencer algunas veces á su

— 21 —

antagonista, para mantener el país en una agitación perpetua, entorpeciendo la acción de los gobiernos y sofocando la aspiración expansiva de una nación demasiado feliz, para no haber sucumbido á los golpes de esa facción liberticida; pero harto desgraciada para no haber abrazado la resolución suprema de romper para siempre las ominosas cadenas que la retienen á los pies de un fantasma, aborto miserable de la ambición y del orgullo.

Las consecuencias necesarias de esas encontradas causas, han conducido de calamidad en calamidad á la nación que ni ha sabido romper abiertamente con las ligaduras del tiempo pasado, ni arrojarle decidida en brazos de un porvenir brillante que realizara todas las bellas esperanzas que no han llegado á extinguirse en el corazón de los amantes de su patria. La guerra civil ha producido sus efectos desastrosos é inevitables, penetrando hasta los últimos miembros del cuerpo social y amenazando ya con una disolución tanto mas horrible cuanto es mas desesperada: gastando todos los resortes de la autoridad con el espectáculo peligroso de continuos cambios políticos y la oposición insensata de la oligarquía clerical que hace ostentación de pisotear las leyes y erige en precepto divino la insolencia y la rebelión; desarrollando las aspiraciones mas mezquinas para alcanzar honores y riquezas sin mas título que un poco de audacia para conspirar contra todo orden establecido, minando así la confianza pública y poniendo en conflicto la segu-

ridad y las garantías individuales: menospreciado el talento, vejada la honradez, corrompido el santuario, un escepticismo mortal ha penetrado en el corazón de la sociedad, dejando en el lugar de las virtudes que son su condición, el egoísmo más cruel y todos los vicios que le reconocen por fuente.

Republicanos leales, virtuosos ciudadanos, jóvenes ilustrados á quienes la patria tiende una mirada agonizante desde la postración en que yace, y que estais llamados á representar un importante papel en la última escena del drama cuyo desenlace está en vuestras manos, á vosotros me dirijo porque en vosotros está nuestra salvación ¿queréis el bien de Méjico? ¿queréis su libertad, su emancipación, su prosperidad, su verdadera ilustración? ¿queréis poner un término á la cadena de males que nos agobia, al vergonzoso espectáculo que damos ante el mundo? ¿queréis, por último, haceros dignos hijos de un Hidalgo, de un Morelos, de un Iturbide, y no ser unos bastardos que solo vieron la luz para insultar la memoria de sus padres? Pues bien, adquirid y practicad antes que todo, las virtudes de un republicano, porque hay muchos que se dicen republicanos con la boca, pero cuyo corazón es un perpetuo testimonio de su apostasía. El republicano prefiere á su comodidad particular el provecho de sus conciudadanos; el republicano es el primero en acatar las leyes, porque está íntimamente convencido de que la verdadera libertad consiste en la sujeción á la ley; el republicano, ha-

ciendo á un lado las preocupaciones de casta y de secta, ve á todos los hombres como hermanos, ¡fraternidad divina predicada por el mismo Dios! el republicano, rechazando al mismo tiempo la desigualdad insultante, introducida por la vanidad humana, y el absurdo principio de los niveladores, adora la santa igualdad de la naturaleza que no ha creado á todos para el mismo objeto, sino que en la distribución equitativa que ha hecho de diferentes facultades y aptitudes, ha querido que los unos ejecuten lo que los otros piensan; que los unos gobiernen y los otros sean gobernados; el republicano, en fin, partiendo de estas verdades eternas cuya violación trae consigo la confusión y la anarquía, conoce su propio valor y no pretende elevarse, allí á donde la naturaleza no le llama; honra todo trabajo, y contento en su esfera, ni oprime ni es oprimido, porque al respetar los derechos ajenos, no hace más que defender los propios.

Pero el que consultando solamente á su interés privado, adula al poderoso, veja al débil, elude la ley y traiciona su conciencia; el que oculta la verdad á sus conciudadanos por miedo de desagradar, y lejos de combatir el error, corrompe las costumbres públicas halagando las preocupaciones del vulgo; el que, olvidado de su propio valor, aspira á los primeros puestos solo para satisfacer su ambición ó su vanidad; ese no es republicano ¡vive Dios! por más que lo vociferé en las plazas y lo repita á voz en cuello en un torrente de frases sin sentido....

“Vosotros todos sois hermanos, ha dicho la sabiduría por boca de Platon; pero el dios que os formó, ha mezclado oro en la composición de los que están hechos para gobernar á los otros; plata en la formación de los guerreros, hierro y cobre en la de los labradores y demas artesanos. De aquí es que, teniendo todos un origen comun, tendreis de ordinario hijos que se os semejen; pero podrá suceder que un ciudadano de la raza de oro tenga un hijo de la de plata, que uno de la de plata tenga un hijo de la raza de oro, y así de los demas; ahora, ese dios ordena, principalmente á los magistrados, el que vigilen sobre todo acerca del metal de que está compuesta el alma de cada niño; y si sus propios hijos tienen alguna mezcla de hierro ó de cobre, no quiere que les hagan gracia sino que les releguen al estado que les conviene: él quiere tambien que si los artesanos tienen hijos que lleven oro ó plata, sean elevados estos á la condicion de guerreros, aquellos, á la dignidad de magistrados: porque hay un oráculo que dice, que la república gobernada por el hierro, perecerá.”

Sí, conciudadanos, solo por este camino se podrá conseguir la libertad de la patria conducida en nuestros dias á la última alternativa de salvarse definitivamente ó desaparecer del número de las naciones soberanas; porque solo por este medio se podrá dar á la gran familia republicana la unidad y organizacion que le faltan para destruir las últimas esperanzas del partido conservador. La época presente es fecunda en revelaciones de la mayor im-

—25—

portancia que no se deben despreciar; ella ha hecho ver que la facción del *statu quo* no es lo que se creía, que sus armas todas están gastadas y que el prestigio con que todavía deslumbra á los tímidos, es mas bien el resultado del desconcierto en que hasta ahora ha caminado el partido liberal, que un efecto de su propio poder. Pues, ¡qué! si existiera ese fanatismo con que se nos atruena; si la administración actual fuera la creación de una paullilla de impíos execrados del pueblo como se asegura en inmundos anónimos; si una reprobación universal recayera sobre los lentos pasos de progreso que se han dado en estos dos últimos años, ¿cómo es posible que se hubiera sostenido ni por un solo día contra los repetidos ataques de un enemigo que no ha perdonado ni la predicación, ni los anatemas, ni el confesonario, ni el asesinato, ni la corrupción; que ha derramado el oro á manos llenas y que ha cometido la mas negra de las traiciones pretendiendo entregar á la nación atada á la dominación de una potencia estrangera? ¿Cómo es posible, repito, que un enemigo infatigable que llora, que amenaza, que adula á los poderosos, que fascina á los incautos, que incendia las poblaciones, que sopla la discordia en el hogar doméstico y se deleita con el olor de la sangre, no haya podido triunfar de un partido que le aplasta con su solo peso, pues su lenidad ha sido llevada hasta el último extremo?

¡Ah! ¿En dónde está Santa-Anna, el amigo, el corifeo, el representante, el tipo de esos hombres

3

—26—

de bien que enajenan el territorio nacional; de esos apóstoles de Jesucristo que venden á sus hermanos de Yucatan, de esos faros de la sana doctrina que proscriben á la razon y sujetan el pensamiento á la inspeccion de una garita? ¿Cómo es que un poder sostenido por los dueños de la sociedad, defendido por un numeroso ejército, patrocinado por los jefes de la iglesia y apoyado segun parece en el buen sentir de la nacion, desplegando una energía salvage en la persecucion, en el destierro, en la confiscacion, se desploma al primer empuje de unos cuantos hombres sin antecedentes; y avergonzado de sí mismo, no se atreve en sus repetidos movimientos revolucionarios, á presentarse tal cual es; sino que renegando de su caudillo, sobre él solo hace pesar toda la responsabilidad de sus actos, y anda vacilante en los planes que proclama; porque desconfia de sí mismo y tiene miedo de ofrecerse en toda su desnudez?

Desengañémonos, señores: una causa que cuenta con la ignorancia como elemento principal; que tiene necesidad de parapetarse con los mismos principios que reprueba, y cuyo imperio sigue una marcha inversa á los avances de la razon humana, está perdida para siempre. En Méjico, y esta es una verdad que no se ha repetido lo bastante, el partido conservador no tiene mas que una significacion; poder clerical, y no como quiera, sino alto clero, porque lo que este llama con desden clero bajo, es amigo en lo general del pueblo, y no vacilo en afirmar que el dia que hubiera un gobierno

que le diera bastantes garantías, sería el primero en volverse contra sus amos cuya acción despótica soporta inmediatamente. Por este motivo añado también, que si el partido republicano cue, arrastrando consigo la patria que Iturbide nos legara, culpa es solo suya y jamás se horrorará el oprobio con que le cubra la posteridad; porque no hizo la felicidad de la nación habiendo podido; porque dejó perder á un pueblo digno de elevarse al lado de las primeras potencias de la tierra.

No es necesario ciertamente echar mano del terror para vencer á un partido nulificado por sí mismo; la experiencia habla mas alto que las palabras; en su propio fondo están las armas de los republicanos para destruir los principios disolventes que amenazan la nacionalidad. Guiad las buenas inspiraciones del pueblo; propagad las luces de una sana razon; impulsad el desarrollo material, inagotable fuente de la riqueza pública; destruid con los hechos las odiosas calumnias de vuestros adversarios; oponed á la hinchada hipocresia de los fariseos el espíritu sencillo y sin fausto del Evangelio, libro inmortal en donde están consignadas las santas verdades de libertad, igualdad y fraternidad; y caerán por su propio peso los últimos atrinchamientos del oscurantismo, que impotente para crear un poder duradero, no hace mas que aglomerar obstáculos en el camino que conduce á la prosperidad.

Conciudadanos: que el dia solemne que hoy celebra la nación, sea para vosotros objeto de graves y profundas meditaciones; que vuestras almas no se dejen llevar de un entusiasmo pasajero, sino que ascendiendo al primer eslabon de la cadena de nuestros acontecimientos políticos, reproducid en la imaginacion las importantes lecciones que nos ha legado una larga experiencia dolorosamente conquistada. La generacion presente está llamada á consumir la obra grandiosa de Iturbide puesta en

—28—

inminente peligro por el géⁿio fatal de la discordia civil: Méjico, destinado á ser grande ó á perecer, se halla en frente de ese riguroso dilema al cabo de una trabajosa crisis que no puede prolongarse por mas tiempo: á vosotros toca escoger. No es una simple cuestion de partido la que os propongo, sino un problema que afecta á la nacion, que interesa á la sociedad; porque la ruina ó la salvacion de una y otra pende de la acertada ó desacertada solucion que se le dé. El pueblo, solicitado por dos elementos inconciliables, no puede establecer nada fijo mientras se encuentra en esa situacion anormal: ahora resta solamente saber ¿cuál de esos dos elementos triunfará? y si ninguno de ellos es capaz de vencer al otro, ¿qué sucederá? En cuanto á lo primero tenemos un axioma de la filosofia de la historia, que dice que los pueblos no vuelven á andar el camino que una vez han andado, y esas reacciones aparentes solo confirman el dicho de Mme. Staël, que las sociedades no marchan en línea recta, sino espiral: el triunfo definitivo del partido conservador, seria, pues, un verdadero milagro político, y yo creo firmemente que los tiempos heróicos han pasado para siempre. En cuanto á lo segundo, fácil es la respuesta: no pudiendo triunfar ninguno de los dos principios, todo gobierno en Méjico es imposible, y un pueblo en donde todo gobierno es imposible, no puede subsistir. Haced, pues, un último esfuerzo para plantear el sistema democrático en toda su plenitud, única tabla de salvacion que se presenta en el borrascoso caos que amenaza tragar á la nacion; realizad las esperanzas de la patria; disipad con benéficas reformas los subterfugios del retroceso que, siendo todo negativo, en cada nuevo progreso, sufre una derrota; penetraos de las circunstancias, quemad vuestras naves, y tened muy presente que en la época que atravesamos, toda duda es una cobardía, toda vacilacion es un crimen.—DICE.